

sensibilidad de nuestro siglo —el gran arte de nuestro siglo—. Con esa luz mejora así nuestra visión de la creación de Sábato, tanto la trágica como la cómica (13).

Quizá no esté de más recordar que el profeta de esa idea sobre lo horrible y absurdo de la existencia y la salvación por el arte no fue Nietzsche sino su maestro Schopenhauer, medio siglo antes. Nada sale de la nada. También era Nietzsche lector de Schiller, y en Schiller encontró el moderno acento en lo sublime de la conducta humana, que Schiller derivó del concepto kantiano de lo sublime natural. Pero ese primer libro de Nietzsche y su autorrefutación son a su vez una mina de ideas seminales: en ellos encontramos, en términos acentuados y exactos (se sabe que allí abrevaron Gide, Thomas Mann, Heidegger, Sartre, nuestro Ortega y Gasset...), monederos falsos, montaña mágica, horizonte (en el sentido de Heidegger y Gadamer), náusea (en el sentido de Sartre), rebelión de las masas... habrá otros de eco menos conocido. Estas sí son fuentes de inspiración; no se agregaría nada con hablar de la influencia de Nietzsche, que es de sobra señalada y reconocida en la filosofía y las ideas actuales.

En esas páginas de Nietzsche me parece ver también algún pasaje que pudiera ser una de las semillas que germinaron en el «Informe sobre ciegos». *El origen de la tragedia* termina con un prolongado, complicado elogio del renacimiento de la tragedia en Wagner, elogio que va desarrollándose desde la sección 16 hasta la 25 final; en la 24 se menciona a Brunilda y Wotan de la *Tetralogía* wagneriana, que como he analizado en otro lugar (14) constituyen, junto a Sigfrido —mencionado en el texto del «Informe»— parte de la experiencia onírica de Fernando Vidal en el subsuelo de Buenos Aires. Recordemos que por un tiempo Sábato pensaba estar escribiendo una tetralogía, que finalmente se redujo a su novela de cuatro partes. Quizá de mayor interés que las circunstanciales coincidencias apuntadas sea que Nietzsche

---

(13) El hispanista de Bucarest y miembro de la Academia de la Lengua de Colombia Paul Alexandru Georgescu (que colabora en este tomo), con gran penetración ha señalado el tema y sentimiento de la salvación por el arte —la novela—, particularmente en *Abadón, el exterminador*, en «Literatura dadora de eternidad en la creación de Sábato. (Superación de la metodología estructuralista)», a aparecer en el libro ya referido, *Salvación por la novela...* Abunda el autor de novela intelectual que dispara un nombre tras otro de los que absorben la atención del momento. Sábato, por el contrario, nombra y sabe a clásicos y pensadores básicos; será también por eso que no goza del favor de capillas intelectuales o novelísticas mientras que llama la atención de grandes críticos y auditorios de alto nivel. Lo pude comprobar una vez más en ocasión especial, al hablar sobre la significación del arte en el meridiano pesimismo-optimismo y el conflicto e integración de ciencia y letras en la obra y personalidad de Sábato, ante la International Society for Phenomenology and Literature (5.ª Convención Anual que se reunió en la Gutman Library de Harvard) el 29 de marzo de 1980.

(14) En colaboración con Doris Stephens, «Lo arquetípico en la teoría y creación novelística sabatiana», Helmy F. Giacomani, ed., *Homenaje a Ernesto Sábato, Variaciones interpretativas en torno a su obra* (Nueva York: Anaya, Las Américas, s f), pp. 327-358.

elogia en ese entonces a Wagner principalmente por haber revitalizado los mitos germanos. Entre varios pasajes significativos, el siguiente de la sección 23 se aviene sin esfuerzo a un pensamiento que Sábato expresa en más de un lugar:

... sin el mito toda cultura pierde el saludable poder natural de su creatividad: sólo un horizonte definido por mitos completa y unifica la totalidad del movimiento cultural.

Las líneas que siguen de Nietzsche acentúan la importancia del mito —e implícitamente la del artista que se vale de él— para el desarrollo y fortalecimiento de un pueblo. La idea es muy antigua; entre los griegos tuvo una prodigiosa vigencia a partir de Homero y Hesíodo (particularmente la trágica *Iliada* para aquel pueblo joven), y Virgilio fue el primero que la aplicó sabia y deliberadamente, intensificando lo trágico y valiéndose tanto de las leyendas de un mundo más amplio como de las latinas y romanas (el ámbito de Grecia representaba para aquella Roma lo que ahora el de Europa para América). La pasión de lo natural se siente —yo la siento, avasalladora— en las novelas que siguieron a *El túnel*; por las correspondencias observadas parece ya vislumbrarse algo así como notas y motivos culturales que se acordaron en esa acústica anímica.

Que Sábato leyó *El origen de la tragedia* es indudable, y que haya leído sus correctivas secuelas es más que plausible si al interés de Nietzsche se suma la atención que puso Sábato en Wagner. Dichos escritos sobre Wagner eran además de candente actualidad para intelectuales en la posguerra última porque desmentían la tan entusiasta como trabajosa adopción que hizo de Nietzsche la Alemania nazi. El antisemitismo de Wagner lo había llevado a un disgusto extremo ante la actitud pro judía de Bismarck, el estadista prusiano que cimentó la nación alemana; en Wagner la idea de la superioridad alemana e inferioridad de los demás pueblos —empezando por los franceses y judíos— era una fe incontestable (15). El establecimiento de Wagner en Bayreuth y todo lo que el nuevo centro operático significaba parece haber precipitado la ruptura del brillante, aun joven pensador, con el endiosado músico-poeta.

Hay en la sección 4 de *Der Fall Wagner (El caso Wagner)* una sinopsis interpretativa de la leyenda de Sigfrido en la visión wagneriana,

---

(15) Las centrales facetas negativas de Wagner resultan evidentes aun en las biografías de admirativos estudiosos, como Ernest Newman: *The Life of Richard Wagner* (New York: Alfred A. Knopf, 1933-46), tomo 4, pp. 297, 598, *passim*; a propósito, dicho autor presenta, incuestionada, la imagen de Nietzsche que fabricaron los nazis. Sobre el inicial wagnerianismo de Nietzsche: Frederick R. Love, *Young Nietzsche and the Wagnerian Experience* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1963).